

# DE PERDIDOS, AL LIFFEY

Zarabel Santos-Rodríguez

PRÓLOGO DE RAMÓN ESPEJO ROMERO



Macleín y Parker

PRIMERA EDICIÓN: mayo 2018

© DEL TEXTO: Zarabel Santos-Rodríguez, 2018

© DEL PRÓLOGO: Ramón Espejo Romero, 2018

© DE LA PORTADA: Irene Suárez, 2018  
[www.behance.net/escandalovisual](http://www.behance.net/escandalovisual)

© DE LA EDICIÓN: Maclein y Parker, 2018  
Pasaje Lagunas de Ruidera, 6  
41701 Dos Hermanas, Sevilla  
[www.macleinyparker.com](http://www.macleinyparker.com)

EDICIÓN Y CORRECCIÓN: Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Maclein y Parker)

DISEÑO DE COLECCIÓN Y MAQUETACIÓN: Antonio Abad (Maclein y Parker)

IMPRESIÓN: Estilo Estugraf Impresores, S.L.  
Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-948261-6-0  
DEPÓSITO LEGAL: SE-760-2018

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

A mi madre, por enseñarme  
a seguir siempre adelante,  
el amor y la honradez

## PRÓLOGO

### ENCONTRÁNDONOS EN EL LIFFEY

Leer (y releer) a James Joyce es un ejercicio altamente saludable y más necesario que nunca. Y lo es porque no resulta fácil, del mismo modo que la vida, por mucho que a algunos les interese que así lo creamos, no es sencilla ni simple. El ser humano es extremadamente complejo y alcanzar un mínimo conocimiento de uno mismo y de los demás es una tarea ardua a la par que necesaria y conveniente. También es complejo definir lo que entendemos por realidad, así como por cualquiera de esos otros conceptos que muchos se esfuerzan en convertir en eslóganes o, más recientemente, en tuits.

Joyce nos recuerda a cada paso de su intensa y apasionante trayectoria literaria justamente eso: que la realidad y el ser humano son complejos, pero no por ello carentes de interés, no por ello menos apasionantes o menos dignos de contemplar y analizar con ahínco, con determinación, con generosidad y, sobre todo, con tiempo. No andamos sobrados de esto último. Gracias a las nuevas tecnologías, que por otra parte tanto nos aportan, tampoco nos sobran paciencia ni capacidad de concentración. Decía Tennessee Williams que la gran virtud del teatro es justamente que nos permitía concentrarnos durante al menos dos horas (sin ninguna distracción más allá de nuestros propios pensamientos) en personajes a los que fuera del teatro no dedicaríamos más allá de unos segundos. El tiempo que pasábamos sentados

en una butaca de teatro era, según él, un tiempo que no se veía hostigado por el tiempo.

La buena literatura es equivalente a lo que Williams afirmaba sobre el teatro. Pero lo es solo para aquellos lectores que se adentran en ella con el tiempo necesario para disfrutar de una percepción, para saborear un instante, para admirar la belleza o la verdad que pueden encerrar unas palabras, para entender que un día en la vida de un ser humano merece (¿por qué no?) semanas o meses de intensa y esforzada dedicación. La buena literatura es justamente la antítesis de esa que solo pretende que descubramos quién fue el asesino, que no nos ayuda a entendernos mejor a nosotros mismos, que no construye un retrato complejo y poliédrico de la realidad, que reduce a los seres humanos a funciones discursivas, a estereotipos, a marionetas al servicio de un entretenimiento vacío.

Sin embargo, leer a Joyce, como a tantos otros grandes autores, resulta complicado. Se necesita tiempo. En el teatro sabemos a qué hora termina una función. Pero cuando nos sumergimos en una gran novela nos adentramos en un océano insondable, de proporciones desconocidas, sin saber si nos deparará una travesía placentera o, con frecuencia, mares embravecidos que hagan el viaje una odisea. Pero el viaje, al menos a través de las grandes obras literarias, siempre merece la pena. Es más: sin viaje no hay vida. Sin exponernos a experiencias que nos pueden intimidar, pero también enriquecer, la vida no es otra cosa que una acumulación de trivialidades insustanciales. La vida, cuando nos limitamos a arañar su superficie, es una vida estéril, es decir, una vida sin vida.

Es más importante que nunca, en los tiempos actuales, reivindicar la profundidad de la obra literaria de James Joyce. No es una profundidad impostada. No nos miente Joyce cuando siembra de *escollos* la comprensión de su universo.

Nos dice la verdad. Quienes nos mienten son la televisión, las nuevas tecnologías, los politólogos, los *opinadores* profesionales, los malos escritores, los cineastas de masas y muchos otros. Joyce es honesto con nosotros, aunque esa honestidad no siempre le deparó alegrías. Y, sin embargo, es esa honestidad nuestra única tabla de salvación frente a tiempos caracterizados por una superficialidad y trivialidad absolutamente demoleadoras, y que son las principales amenazas a las que se enfrenta el ser humano en la actual coyuntura, tristemente regresiva en todo aquello que ha hecho avanzar a la humanidad a través de su historia.

¿Cómo conseguir que volvamos a la lectura cuando hay tanto a nuestro alrededor que, como las sirenas que embelesaban a Ulises, pretende captar nuestra atención, prometiéndonos placeres inmediatos, aceptación social y un número insospechado de *amigos* en Facebook? Quizás es una pregunta que los profesores de literatura (entre los que me cuento) deberíamos hacernos con mayor frecuencia. No hay otra tarea más necesaria que reivindicar el acto de leer como indispensable para la supervivencia de la especie humana. Sin la lectura de obras que nos ilustren sobre la condición humana y la resbaladiza idea de realidad no hay progreso real. Cuando el progreso es solo material, lo único que logramos, a medio plazo, es soledad, insatisfacción y una demoleadora mediocridad. Sin embargo, ¿cómo contarles a personas jóvenes que han crecido pensando que las ideas se expresan a través de unas pocas decenas de caracteres y que nada de interés puede aparecer más allá de la tercera línea de un texto, o que el tiempo máximo de atención que cabe dedicarle a algo es unos minutos, que han sido (y son) víctimas de un inmenso engaño colectivo?

Clamar por la vuelta a la literatura, así por las buenas, es tan inútil y estéril como esas campañas de promoción de la

lectura que de vez en cuando lanzan nuestros gobernantes, por lo general con escasa convicción y menos presupuesto. Los profesores de literatura deberíamos preocuparnos de cómo devolver a la sociedad algo que se le ha hurtado, y no de manera fortuita, y mucho menos sin gravísimas consecuencias. Pero los profesores de literatura estamos más preocupados por cumplimentar informes, por agradar a los inspectores educativos en sus visitas a los centros deslumbrándolos con nuestras *innovadoras* programaciones de aula, o por encerrarnos en la torre de marfil de los iniciados y desarrollar nuestras carreras profesionales a base de artículos que pocos leen y que, por lo general, poco o nada aportan a la sociedad.

Zarabel Santos-Rodríguez es doctoranda en Filología y una gran apasionada de la literatura. Ya lo era como estudiante de Filología Inglesa, momento en que tuve la suerte de conocerla. No era una pasión superficial. Zarabel era una gran estudiante, seria, trabajadora y esforzada, además de inteligente y con grandes dotes para el análisis y la investigación. A través del presente libro abre una senda que para muchos debería ser un espejo en el que mirarse. De manera amena, Zarabel nos adentra en el universo literario de James Joyce. Y lo hace con rigor, pero sin perder de vista que el conocimiento es también una fuente de placer. Nos proporciona claves necesarias para la lectura de Joyce. Lo reivindica como gran experimentador formal, pero mostrándonos que la innovación formal no debe intimidarnos; por el contrario, aporta un innegable goce a nuestros sentidos y constituye un desafío inteligente al que responder y mediante el que crecer como lectores y como individuos.

Para Zarabel Santos-Rodríguez, la literatura es algo cuyo disfrute es aún mayor si se comparte. Su libro procede del deseo de compartir un placer, pero también de ayudar a

aquellos con poca tradición lectora a entender que el tiempo invertido en hacernos con un buen libro no es un tiempo perdido. Quizás porque hemos perdido mucha energía en enseñar mal la literatura, Zarabel necesita esforzarse para seducirnos. No hay nada que ella no utilice para acercarnos a la obra de Joyce. Y lo hace de modo que pocos lectores podrán resistir la tentación de acercarse a las páginas del gran autor irlandés. Lo harán con un renovado espíritu, menos intimidados por su fama de escritor *difícil* y dispuestos a vencer prejuicios y llegar a conocer mejor a uno de los nombres indispensables de la literatura universal.

Decía Henry David Thoreau que los libros deben ser leídos en el mismo espíritu con el que fueron escritos. Esta máxima podría aplicarse tanto al libro que el lector tiene entre manos como a la obra de James Joyce. El libro de Zarabel está escrito desde el cariño, el respeto, el amor por la literatura y la seriedad y el rigor de una gran filóloga. Son actitudes que debería compartir su lector. Quienes amamos y respetamos la literatura y la consideramos algo serio (que no aburrido) y digno de todo el rigor en su análisis no podremos sino disfrutar de las páginas que Zarabel ha querido regalarnos.

Por otra parte, como Zarabel demuestra, la obra de Joyce está escrita desde el amor por el lenguaje y la tradición literaria y cultural, el deseo de comprender mejor la realidad (y ser consciente de todo lo que tiene de incomprensible) y de reflejarla, desde la necesidad de posicionarse frente a una coyuntura histórica e ideológica, pero también desde la conciencia de que la vida es una fuente de disfrute. Zarabel Santos-Rodríguez contribuye a que nuestra lectura de sus obras pueda también realizarse desde esas coordenadas y en ese espíritu. Seguro que descubriremos un nuevo Joyce, y descubriremos aspectos de nosotros mismos frente a los que nunca habíamos estado o que necesitamos recuperar. Si de

perdidos hemos llegado al Liffey, el río dublinés tan presente en la obra de Joyce, quizás sea justamente allí donde logremos reencontrarnos con nosotros mismos.

Ramón Espejo Romero

PROFESOR TITULAR DE FILOLOGÍA INGLESA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

I

¿Y QUIÉN ES ÉL?

Hay mucha gente que presume de saber quién es Joyce, y simplemente eso hace que parezcan más cultos, más interesantes e incluso algo más altos. Saber quién es Joyce no necesariamente implica haber leído su obra. Hay quien descubrió hace tiempo que el simple hecho de mencionarlo hace que a la gente se le engrandezcan ligeramente los ojos y acto seguido empiecen a consultarles cosas de relevante importancia tipo: «¿Crees que China desbancará a Estados Unidos como nueva superpotencia?», «¿Piensas que es realmente cierto —ojo al pleonasma— eso del efecto invernadero?» e incluso «¿Crees que volverán las hombreras?». Ahora bien, seguramente usted, lector, estará debatiendo consigo mismo sobre qué sentido tiene leer su obra si le basta sencillamente con mencionarlo para disfrutar de la envidiosa admiración de quienes le rodean. Ante este dilema podemos presentar dos respuestas en absoluto excluyentes. La primera es que, y lamentamos el fiasco, hay personas que sí han leído algunas de sus obras e incluso —hay enfermos de todo tipo— hay personas que han leído todas sus obras. Por tanto, sus encantos de usuario habitual de la Wikipedia no solo resultan inútiles ante ellos, sino que corre el riesgo de sufrir una humillación

peor que quien hace un pésimo uso del Photoshop en un retrato ligero de ropa en la playa. La segunda razón, mucho más grave, quedó muy bien plasmada por el periodista Alejandro Palomas en un artículo para el *ABC Cultural* en el que confesaba: «No entiendo el *Ulises*, no sé lo que me estoy perdiendo».<sup>1</sup> Nada más fácil de aclarar. Lo que este señor y todos aquellos que aún no han leído la obra más popular de Joyce se están perdiendo es un profundo, original y fresco punto de vista sobre historia, geografía, política, constante y mordaz crítica a la sociedad de una época, lingüística, crítica literaria con sus buenas dosis de cotilleos sobre multitud de autores e irreverentes teorías sobre sus obras —¿quién más podría haber deducido que Shakespeare es el fantasma de su propio padre y el nieto de Hamlet?—, un análisis profundo del alma humana con todas sus miserias y monotonías, y todo ello aderezado con potentes dosis de humor. Muchas de estas características se pueden extender, además, al resto de sus obras.

Todos sabemos, y es una verdad universalmente conocida, como diría Jane Austen, que los autores son como las bebidas espirituosas: cada uno nos despierta un sentimiento diferente al empaparnos de ellos. Hay quien dice que Kafka le crea desasosiego; hay a quien le invade una profunda melancolía tan solo con ver la portada de una obra de Virginia Woolf o quien enferma de una terrible *bucolitis* al ver un retrato de Henry David Thoreau, carga en una bolsa reutilizable el Iphone, el Ipad, la *tablet* y el portátil y se va un fin de semana al campo o a un *spa hi-tech*. Nuestro autor no podría ser menos. Ese sombrero, ese parche, esas gafas, ese bastón, esa pluma: miedo. Sin embargo, ¿qué hay de real, de propio, en ese miedo y qué hay de sugestión ajena? ¿Es Joyce el suflé de

<sup>1</sup> Alejandro Palomas, *ABC Cultural* (24 de mayo de 2014) p. 14.

la literatura? ¿Tememos acercarnos a la obra de Joyce porque realmente lo hemos intentado sin prejuicios y nos ha parecido demasiado difícil o porque hemos sido bombardeados durante años con la idea de que Joyce es imposible fuera de círculos académicos? Hay quien decía que si en la portada de una novela escribíamos la palabra *poesía*, leeríamos dicha obra de forma muy diferente de como la leeríamos si pusiera *novela* o simplemente un título. Posiblemente esto es lo que ocurre con Joyce. Es cierto que sus obras, sobre todo algunas como *Ulises* o *Finnegan's Wake*, no son simples novelitas con las que podemos entretenernos tumbados junto a la piscina leyendo con un ojo mientras, con el otro, intentamos vigilar a los niños del segundo para que no nos den un balonazo, y a la vez intentamos adivinar si el del quinto se está haciendo un implante capilar. Sin embargo, hay que reconocer que hay otros autores que, sin ser tampoco de lectura ligera, logran hacerse con un campo de lectores mucho más variado, valgan como ejemplos Shakespeare o Cortázar. Por ello, nos atreveríamos a decir que el pavor que produce acercarse a Joyce es más infundado que personal y la imposibilidad de su obra, en general, más legendaria que real. Si a todo esto le sumamos el hecho de que hoy día hay multitud de guías para acompañarnos y ayudarnos a sacar más jugo a sus obras mientras leemos, el resultado es que no solo tenemos en Joyce una lectura asequible, sino también increíblemente jugosa, entretenida y realmente fructífera —piense en la cara del engréido de turno que se compró el último cachivache tecnológico cuando vea que no es el centro de atención en la próxima fiesta—. Leer a Joyce es sexy, por ello no nos extraña que Marilyn Monroe se hiciera una fotografía haciendo como que leía el *Ulises* y la aireara orgullosa. Empezó a leerlo, aunque sea por frivolidad, por despecho, y terminará leyéndolo por placer. Aquí, con esta obra, queremos poner

nuestro pequeño granito de arena para conseguir liberar a Joyce de esa elitista mazmorra a la que parece estar confinado y acercarlo de forma sencilla y natural al lugar al que pertenece: las estanterías de los hogares, las mesas de las cafeterías, los bolsos y bandoleras que viajan; a su público, a ese público que aún no sabe que le encanta Joyce, a usted.

Para entender totalmente lo que se está perdiendo, lo más lógico sería empezar por acercarnos a la figura de Joyce, para que en la próxima fiesta pueda presumir de algo más que de saber que era un irlandés que escribía libros «difíciles de leer». James Joyce nació en Dublín, Irlanda, en 1882 en el seno de una familia católica numerosa —cómo no— dirigida por una más que tolerante madre llamada May Joyce —May Murray durante su soltería— y un excéntrico John Joyce, quien entre otras cosas fue deportista, cantante, dueño de una destilería, político y vividor, principalmente. Nuestro autor nació treinta y siete años después de la conocida *potato famine* llamada *an Gorta Mór* por los irlandeses que saben gaélico y Gran hambruna irlandesa por los hispanohablantes que saben qué es. Por ello, aunque no se vio afectado directamente por esta crisis, sí que vivió y experimentó como católico la sed de justicia que se respiraba en el ambiente y la extendida rabia y rencor hacia los ingleses e irlandeses protestantes que, aunque ya existía de antes, se recrudeció tras el conflicto. Así pasó Joyce sus primeros años, rodeado de gentes que arrastraban una humillación de generaciones anteriores y movimientos políticos y sociales pidiendo y exigiendo, muchas veces con violencia, la liberación del pueblo irlandés del yugo inglés. Otro yugo, del que se liberaría años después, fue del catolicismo radical que en aquella época lo impregnaba todo, desde los actos más públicos hasta los más íntimos de la vida diaria del irlandés medio. Un código religioso que controlaba la comida, la educación, las artes, la

moda —señoras, no hay necesidad de provocar la condena eterna mostrando esos indiscretos tobillos—, la diversión y el sexo. Fue esta sociedad la que censuró sus libros por considerarlos inapropiados, insultantes e incluso pornográficos; claro que el que de vez en cuando usara nombres propios de personas del pequeño Dublín tampoco ayudó mucho a su popularidad. Hoy día James Joyce es un símbolo para su país, aunque posiblemente sea porque muchos modernos compatriotas ignoran, o se esfuerzan por convencerse de que ignoran, que el autor del *Retrato del artista adolescente* antes de exiliarse de la madre patria en 1904 la definió como una cerda vieja que devora a sus propias crías. James Joyce vivió tres importantes guerras, estudió en un colegio jesuita, fue infiel, alcohólico, gorrón, el autor más prestigioso del siglo XX y creador de la mejor novela escrita en inglés del mismo siglo, el *Ulises*.

Aunque, vayamos por partes; en lo referente al autor no hay mejor manera de acercarse a su vida que leyendo sus obras. Esto se ha dicho ya sobre multitud de autores en innumerables ocasiones, por ejemplo: «Si de verdad queréis encontrar a Cervantes, no rebusquéis en su tumba, rebuscad en sus libros». Sin embargo, en el caso de Joyce debemos tomarlo de forma literal puesto que sus obras —aunque en ocasiones cueste creerlo— tienen un componente biográfico muy importante. Si hay una característica de su obra con la que la mayoría de los críticos están de acuerdo, y esto es toda una excepción, es que Stephen Dedalus, protagonista de *Retrato del artista adolescente* y uno de los principales protagonistas del *Ulises*, es el *alter ego* de James Joyce, una versión joven de sí mismo. No se puede negar que también hay rasgos de este último en el otro gran protagonista de la misma obra, Leopold Bloom. Ambos sienten atracción por los ritos religiosos, ambos tienen una amante con la que,

aunque no se sabe ciertamente si hubo contacto físico íntimo, se intercambiaban letras de naturaleza erótica. También es importante la dirección de Bloom, el 7 de Eccles Street, porque, aunque la familia Joyce no vivía allí, sí que lo hacía John Byrne, compañero de Joyce en el University College y que se convertiría desde el momento de conocerse —con sus pausas para descansar del intensísimo carácter de Joyce— en el mejor amigo del autor hasta su muerte. Una peculiar característica que comparten personaje y autor es también la forma de dormir en la cama con sus respectivas esposas: con los pies del uno junto a la cara de la otra y viceversa. Por ello, y por más razones que iremos desgranando poco a poco a lo largo del libro, Joyce es Dedalus y es Bloom, Joyce es el hijo y el padre; el juerguista y el melancólico; el genio y el hombre vulgar; el político y el apolítico; el enamorado esposo y el infiel seductor; el autor y la obra. Empecemos, entonces, paso a paso, *discurrerrió*.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> *Discurrerrió*: palabra compuesta, creada de la traducción de *riverrun*, primera palabra de *Finnegan's Wake*. Como tantas de esta obra, es una palabra inventada por el mismo autor. Hace referencia al fluir del río Liffey atravesando Dublín, pero también podemos entender que se refiere al caudal de pensamientos y sentimientos que bullen y manan del protagonista de la obra.